

CAPÍTULO IX

Después del triunfo de Verdagner

Regreso de Verdagner.—Reconciliación con sus enemigos.—Conducta de Morgades para con el poeta al ocupar la sede episcopal de Barcelona.—Enfermedad de mosén Cinto.—Nuevas intrigas y penurias.—La carta de R. Turró en *El Liberal*.—Reacción en favor del poeta.—Conclusión.

De regreso de la corte tomó posesión de su beneficio en la iglesia de Belén entrando inmediatamente en funciones. Con lo que sacaba de la misa, entierros y funerales, ayudándose de lo que le rentaba la venta de sus obras, no lo pasaba tan mal con los huérfanos de D.^a Deseada Martínez que con él vivían en familia.

Apenas nadie se enteró en Cataluña de lo acaecido en Madrid. La prensa local, en sueltos muy concisos, dió la noticia de que había recobrado las licencias *in divinis* congratulándose de ello. Algún periódico, como *La Opinión*, añadió algunas explicaciones, pero tan abstrusas y disparatadas que nadie se enteró. Por su parte Verdagner no puso empeño en que se hablase de su triunfo, ávido de gozar en silencio del sosiego que le faltaba desde tantos años.

Nuestro pueblo viendo un día y otro día á su mosén Cinto en los entierros siempre con la pesada dalmática, con la que ganaba cuatro céntimos de peseta más que sus compañeros, le seguía con los ojos y las gentes unas á otras se decían: «ese es mosén Cinto.» Y como nadie le explicó los incidentes de la batalla que ganaron los frailes agustinos y ateneístas de Madrid, creyó que volvía á oficiar de sacerdote porque sus enemigos se habían cansado al fin de perseguirle.

Los conspicuos que le habían acorralado activamente ó le habían visto caer con indiferencia, dieron al suceso una explicación á su parecer muy natural. El obstáculo que im-

pedía la reconciliación del poeta con su prelado, era D.^a Deseada; fallecida *esta buena señora*, Morgades arrediló de nuevo la oveja descarriada, pues le quería con amores de padre; una guiñada de inteligencia al final completaba la explicación y no se hablaba más del asunto. Así es que unos tras otros se acercaron sucesivamente al poeta dispensándole el favor de olvidar sus deslices y sus desplantes en la prensa impía. Ni uno quedó en la hueste que le excusase el salud y osara mortificarle con reticencias: todos pusieron singular empeño en aparecer como sus mejores amigos. El poeta, tan blando y olvidadizo de sí, les acogía bondadosamente; con ellos departía como si nada hubiere ocurrido, y al concurrir á sus veladas y oír las alabanzas y aplausos con que se celebraban sus versos, llegaba á ruborizarse de puro satisfecho. No puso nunca empeño en perdonar ni en olvidar; era de un natural tan angelical que, ni queriendo, sabía recordar las más sangrientas injurias. Era un niño, un niño sublime en su inefable bondad; algo tenía, desde ese punto de vista, de la *felis beneyteria* del chico del *Ave María*.

Durante cuatro años largos nadie murmuró de la familia Durán, que vivía bajo su protección. El día que cayó la señorita Amparo fué uno de los más felices de su vida y se complacía mucho en repetirlo. Desde aquel día la familia contó con un individuo más: D. Amadeo Guri, á quien quería como á un hijo.

Hecho digno de especial mención durante el transcurso de ese período bonancible, quizás no proceda señalarse otro que el susto que llevó cuando, tras la muerte del obispo de Barcelona, Dr. Catalá, se proveyó la vacante con Morgades. Le pareció que el cielo se desplomaba sobre su cabeza. La sola idea de que al entrar de nuevo bajo su jurisdicción le haría expiar cuantas humillaciones le ocasionara con su pleito, despertó sus antiguos terrores y perturbaba la serenidad de su juicio. Quien estas líneas escribe tuvo que bregar lo indecible para persuadirle de que nada malo le pasaría, que antes bien, Morgades seguiría el camino de los demás de la hueste, procurando atraérselo y distinguirlo

como á lo óptimo y más granado de su grey. Así sucedió: no le dió que sentir. En cierta ocasión se portó liberalmente con la víctima, que acoquinó en otros tiempos. Véase cómo: tenía el poeta una nube de acreedores y algunos de ellos no le daban tregua ni reposo. Dolíase amargamente de no poder cumplir con ellos y muy especialmente con algunos, realmente necesitados, cuyas instancias le dilaceraban el corazón. D. Federico Vilaseca, comandante de la guardia municipal, muy conocedor de las interioridades de mosén Cinto, á quien profesaba acendrado afecto, se dió tal maña en trabajar al obispo, que le sacó doscientos cuarenta duros; mas temiendo, así Vilaseca como el prelado, que los repartiase todos en seguida y quedase tan desplumado como antes, como así hubiera ocurrido, se nombró depositario al abogado Sr. Valls para que hiciera las entregas prudencialmente y aun le regañase si viniere el caso.

Cito el hecho para que se reconozca que el obispo procedió, durante ese período, con irreprochable corrección. Bien dice el proverbio que de los escarmentados salen los avisados.

Llegamos al fin á mediados de 1902 en que Verdaguer cayó enfermo. Al principio no acusó gravedad alarmante. Los amigos médicos que frecuentaban la casa cuidaban del enfermo y por esto no se llamó al Dr. Ribera, que era su médico habitual. Mas como el mal persistiera y aquel organismo roto y maltrecho no reaccionara, la familia reclamó al Dr. Robert, quien diagnosticó una pulmonía, haciendo ciertas reservas y salvedades de no muy buen agüero, pues lo vago de las lesiones que comprobó, no acababan de explicarle satisfactoriamente el aplanamiento del enfermo. Muerto repentinamente Robert al iniciarse una leve mejoría, sustituyóle, en calidad de médico consultor, el Dr. Ezquerdo, quien ratificó el diagnóstico ya formulado.

Según refirió posteriormente el Dr. Rodríguez Méndez en *El Liberal*, el Dr. Turró procedió al examen microscópico del primer esputo que espectoró el enfermo y confirmó que realmente se trataba de un pneumónico pero que además se descubrían miriadas del microbio de la tisis; unos quince

días después el Dr. Calleja comprobaba estos hechos agravados extraordinariamente con fenómenos de destrucción pulmonar. No había esperanzas de salvación. Cuantos se habían reconciliado con mosén Cinto y frecuentaban su morada (pues de par en par les había abierto las puertas nada receloso y excesivamente confiado), se dieron cuenta del peligro y procuraron sacar el mejor partido posible de la situación. Lo que tramarian se ignora; por los hechos que lo exteriorizaron cabe congeturarlo. Mas no pudieron mandar y disponer en la casa según la medida de sus deseos; tropezaban con resistencias cuyo origen no se explicaban. Se entabló una lucha sorda, que no borboteaba en la superficie al parecer tranquila, pero reñida y feroz en el fondo. Los defensores del poeta llevaban una inmensa ventaja sobre sus adversarios: la de que no se les hacía ningún caso, creyéndoles de escaso talento y valimiento y aun dudaban de si eran ellos los que en secreto destejían las tramas que ellos urdían.

Los resultados de esa brega, consignados quédan en el primer capítulo de esta obra. Mas allí no se exponen los medios que emplearon para apoderarse de la casa. Los apuntaremos aquí y el lector discreto empalmará lo que reframos con el relato hecho, y todo junto caerá de su peso de puro lógico y natural.

Partiendo del principio de que en todas partes quien dispone de la llave de la gaveta es el amo, se esforzaron en demostrar á todo el mundo que el enfermo nada necesitaba. De esta manera creían hacerse suya la familia Durán pues no recibiría más auxilios que los de ellos y así pensaban poder mandar en la casa. Para que nadie la socorriese difundieron la noticia que el marqués de Comillas, Güell y Bacigalupi, la señora viuda Tolrá, y que sé yo quien más, subvenían á todas sus necesidades con espléndida munificencia. En este punto la convicción era unánime. Mas ello es que, fuesen cuales fuesen las órdenes que hubiesen dado estos señores, que no negamos, real y positivamente no se dieron por estas fechas más que la leche diaria que consumía el enfermo de parte del marqués, y de parte de Güell

tres ó cuatro entregas de veinticinco pesetas, donativo que se cegó cuando Amadeo Guri resistió ciertas insinuaciones de mosén Juan Güell. Debemos hacer constar también que de la redacción de *Juventut* salieron cuando menos dos donativos de consideración y esa caridad se llevó á cencerros tapados como la ley de Dios manda; mas las cantidades reales y efectivas que fueron entregadas fueron exiguas. Si de esto quiere convencerse el generoso donante, acreedor á toda clase de consideraciones para los verdaderos amigos de Verdaguer, pregunté á los que puedan saberlo y tal vez salga de dudas.

La familia Durán no habría podido soportar las cargas que la abrumaban y es muy posible se hubiese arrimado á los asíduos de la casa que la socorrieran sin sospechar que en ello hubiere malicia ni se llevaren ulteriores miras; mas quiso la Providencia que el Dr. Turró se descolgase inesperadamente en *El Liberal* con una carta en que se describía crudamente la aflictiva situación de mosén Cinto, carta que, por lo sentida, conmovió hondamente la opinión pública.

A partir de este momento acallóse el rumor de que el enfermo nadaba en la abundancia, y si bien hubo recalcitrante que insistió en que estas limosnas engordaban á la familia Durán y en poco beneficiaban á mosén Cinto, ello es que no se hizo caso de los mordaces que retoñaban, y con honradas colectas particulares, con las iniciativas laudables del Ayuntamiento y el donativo de S. M. la Regente, mejoró el peculio del enfermo. Hasta de parte de Collell y Verdaguer y Callís se llevaron en junto unas cien pesetas. Y mientras el canónigo y el primo se corrían hasta ese punto, otro primo del poeta, mosén Juan Güell, recalcitrante máximo, se desvivía visitando al alcalde Sr. Amat, para que el Ayuntamiento de su presidencia no votase crédito alguno para mosén Cinto por estimarlo una ofensa á la familia que acordó sufragar todos los gastos. A buena hora... Y tanto insistió el fogoso primo en su pretensión que, según noticias de buen origen, puso en manos del alcalde una carta que debía leer en el concejo, en la que en nombre de la familia y de Verdaguer se renunciaba al crédito cuya concesión

debía aprobarse. De todo se hizo caso omiso; se votó la consignación, y contra lo asegurado por el capellán de la Compañía Trasatlántica, Verdaguer aceptó el socorro con profunda gratitud y declaró ignoraba lo que su primo le atribuyó.

De todo lo cual colegirá el lector que por ese camino no lograron erigirse en amos de la casa y dominar en ella. Por las vías sinuosas que luego emprendieron tampoco fueron más afortunados; recuérdase al efecto que no pudieron introducir los camilos, que tragaron á Rodríguez Méndez, que fracasó lo del Canigó, y que si es verdad que sacaron un testamento, Dios se puso de por medio y el testamento pudo ser revocado: un soldado le sirvió de instrumento para que la voluntad del justo fuese respetada.



Aquí termina nuestro relato. Hemos complementado con documentos la historia lúgubre de Verdaguer. Nadie puede poner en tela de juicio su autenticidad; la fototipia desmentiría al osado, aparte de que podríamos abrumarle con otra balumba de nuevos é inéditos datos que no damos á la estampa por resultar redundantes para nuestro objeto.

Aspiramos sólo con nuestro trabajo, más árduo de lo que parece, á dignificar la memoria de un hombre que fué un santo al hacer su camino sobre la tierra. Si de la lectura de esa serie, tristísima de capítulos, en los que tanta villanía se denuncia á la execración pública, saca el lector la convicción de que Verdaguer merece los honores del altar, habremos conseguido nuestro objeto. La posteridad perpetuará su nombre en el libro de los escogidos si confirma el juicio que mereció á sus contemporáneos; si fué un genio ó no lo fué, el tiempo lo dirá definitivamente. Mas por lo que hace á la excelencia de sus virtudes y á su integridad moral, sobre esto no cabe discusión ni la duda es posible. Vivió en una sociedad descreída y egoísta en que las heces flotan en la superficie y el agua pura ocupa el fondo. Por esto le desconocieron y se sonrieron socarronamente al verle pasar: no

e comprendieron. Los humildes le sintieron en el fondo de su alma como una repercusión y le diputaron santo. Los humildes no se engañaron... Bien dijo aquel que dijo que la voz del pueblo es como la voz de Dios!...

APÉNDICE

Reproducimos á continuación de este Apéndice los artículos que en 1895 publicó Verdaguer titulados *En defensa propia*. Bajo la promesa formal que se le hizo por parte de Morgades de que se le dejaría en paz y se le devolverían las licencias *in divinis*, cesó de concitar en la prensa la opinión entre sus enemigos y detractores. Mas, una vez recabado su silencio, arreció la persecución, se le burló repetidas veces con proyectos falaces é ilusorios hasta 1897, y á primeros de Agosto del propio año, llamándose á engaño tardíamente, empezó á publicar simultáneamente en *La Opinión*, *Diario del Comercio* y *La Publicidad*, una copiosa serie de artículos, tan terribles como contundentes, en que refiere cuanto le ha ocurrido. Desgraciadamente ese trabajo, modelo acabado de una prosa inimitable, sinceramente catalana, inspirada y castiza, no ha sido recopilado y publicado aparte como don Juan Moles lo hizo con la primera. En las colecciones de los citados periódicos se encontrarán íntegros estos artículos. A continuación reproducimos uno de ellos, mentado en el texto de este libro, publicado en 20 Agosto de 1897.

Sitio por hambre

De todas las malas artes que en el mundo se usan la que más horror inspira es la que se emplea en oprimir á los pobres. A mí alrededor alguien, que en esta labor es maestro consumado, ha querido lucirse y se ha salido con la suya.

Los estrechos asedios que se me han puesto son formidables y sucesivos para que si escapo de uno caiga en otro. Desde el principio destacaron espías al rededor de mi domicilio para averiguar quienes me visitaban, y valiéndose de la mentira ó del dicitario, ó bien simulando un gran celo por mí ó con otros medios de mala ley, les desviaron de mi casa y no pararon hasta lograr que no volviesen. Me siguieron por todos los caminos y donde quiera que fuese sembraban la suspensa, la desconfianza y el descrédito. Quisieron privarme de los artículos de primera necesidad y de una á una siguieron todas las tiendas pregonando que nada se me fiase pues nada tenía y era además un mal pagador. Lograron que se me echase ignominiosamente de algunas casas, y al desahucio, en una de ellas, precedió la visita de un pariente mío y un agente del Marqués de Comillas, que es de suponer no me honrarían mucho con sus informes.

Durante ese largo espantoso naufragio vigilaron á mi entorno para alejar de mí cuantos botes vinieren en mi auxilio. Si alguna persona me ha echado un cable de salvamento enseguida se ha visto rodeada de los satélites de mis sedicentes protectores, que le han dicho:

«V. trabaja por Verdager? No se canse; es trabajo perdido; es pobre porque quiere serlo. Sus protectores le darían más que V. V. que le dará? cuatro? Pues ellos le darían ocho, cuarenta, ciento, cuanto necesite. Pagarían sus deudas y le depararían una vejez tranquila. Sino le bastase un duro diario, le darían dos y se lo garantizarían por medio de notario. V. le estima pero ellos le estiman más que V., y por esto reivindican la exclusiva de auxiliarle, crearle beneficios y colmarle de bienes.»

Por ese estilo, desvelándose siempre por mi bien, son para mí como un pedrisco en seco; y abrigados con la capa de la caridad, la persiguen á mi alrededor con palabras hipócritas de una falsa estimación. Así alejan de mi casa á cuantos vienen á depositar en mi mano la pía limosna. Bailándome el agua á los ojos me matan de sed; hablándome de rentas y donaciones me matan de hambre y con un dogal de oro me agarrotan de tal manera que al usurero más refi-

nado no se le ha ocurrido todavía la invención de un procedimiento como ese.

Es un mal grave, que mantiene desequilibrado y desorganiza la sociedad, que los millones amontonados en ciertos negocios no se destinen á remediar al necesitado, pues, así como el agua apaga el fuego, la caridad, sólo la verdadera caridad, puede apagar las llamaradas de la anarquía y calmar la ola invasora del socialismo que amenaza anegar al mundo bajo un nuevo diluvio. Mas ya que en tal obra no se emplean como debieran, que esos millones, con la influencia y prestigio que vinculan y los medios que utilizan, no sirvan para caer, como una maza, hoy, mañana y durante años seguidos, sobre la frente de un desvalido porque eso es un pecado monstruoso. Ya que no sirven para darle pan al pobre que al menos no sirvan para quitárselo.

«El pan es la vida de los pobres, dicen las Sagradas Escrituras, el que lo quita es un hombre sanguinario. Aquel que quita á un hombre el pan de su trabajo es como aquel que mata á su prójimo.»

«Oprimir al pobre, dice Salomón en sus Proverbios, es hacer escarnio de quien te ha criado.»

Pues bien: si ese pobre es un ministro de Dios, el escarnio sube de punto, y más todavía si consagró su existencia á labrar el bien de esos que le oprimen.

A mediados de Septiembre de 1874 estaba en los vapores de la Trasatlántica al servicio de la Casa López. En 18 Noviembre de 1878 entré como sacerdote de la casa y de ella no salí hasta después de los Juegos Florales de 1893. En compañía de esa familia pasé lo mejor y máspreciado de mi vida, desde la edad de 29 años hasta los 48, participando de sus glorias y de sus penas, de sus temores y esperanzas. El capellán más modesto y desinteresado habría esperado alguna recompensa después de tantos años de intimidad y de sacrificios hechos á un millonario tan espléndido; y ya que no soñase en una fortuna esperaba al menos un mendrugo de pan para los días de mi vejez. Así esperanzado dejé pasar una tras otra tres canongías que me fueron ofrecidas, una de ellas por el santo obispo Urquinaona. Estas esperan-

zas se deshojaron como la flor del almendro; la paga y el premio que esperaba se redujeron á empujarme brutalmente hacia una celda del Asilo Manicomio; y por resistirme á entrar vino sobre mí la horrible persecución pasada y la espantosa opresión pasada y presente. La desobediencia al marqués había sido grande; el castigo, claro, debía también ser ejemplar.

Ni me valió la mortificación de haber rezado la misa diez y ocho años seguidos en obsequio suyo al rayar el mediodía; las licencias de celebrarla me fueron quitadas. En aquella casa el poeta había escrito la «*Oda á Barcelona*», «*Idilios*», «*Canigó*», «*Lo somni de S. Joan*», «*Caritat*», y otros libros con un epitalamio: *Al Desposori de D. Claudi López*, una elegía á la muerte de su hermano y otra á la muerte de su padre. Le dediqué *L'Atlántida*, que concluí en uno de sus vapores, que es la flor más bella é inspirada que supe recoger en el camino de mi vida. Pues todas esas obras y cuanto he escrito después, me ha sido embargado. Que habré hecho yo para que se me trate así?

JACINTO VERDAGUER, Pbro.

Copia de la carta de Morgades

EN LA QUE ORDENA LA RECLUSIÓN DE VERDAGUER EN EL
ASILO MANICOMIO

Rvd. D. Jacinto Verdaguer, Pbro.

Vich 6 de Marzo.

Apreciado amigo: Como había dado ya orden para *perpetuizar* á V. en la Casa Asilo, no la he revocado y queda hecha la operación. Queda, pues, asegurada su subsistencia por este lado sin que haya de satisfacer cantidad alguna. Sólo he intentado mortificarle cambiándole, aun que sea tan sólo hipotéticamente, de domicilio, y haciendo un salto de lo más alto á lo más humilde. Esto no prejuzga nada y su-

cederá lo que haya de suceder; tan sólo asegura un rincón en caso determinado, que todo puede suceder en este pícaro mundo. Y Dios no reprueba antes bien manda estos actos de prudencia; quiere que lo esperemos todo de su providencia para que seamos prudentes poniendo de nuestra parte lo posible, y si de todos modos quiere probarnos *por vías duras* no le faltan medios.

Veremos lo que contesta D. Claudio; también espero será favorable su contestación; pero es muy significativo se haga esperar tanto su contestación y de todas maneras no hay que esperar ya por este punto grandes cantidades. Si contesta favorablemente ya no hay que preocuparse más: limitarse á lo que se tiene y sentarse á la mesa que se presente indicada por el Señor. Vuelvo á aconsejarle celebre á mi intención y tendrá para gastitos y limosnas indispensables.

Le bendice s. afs. in C. J.

EL OBISPO

Nota del copista.—Aparte de la orden de reclusión, que resulta clara y terminante, no es posible, sin leer entre líneas, comprender la ruin idea de Morgades en el lenguaje anfibológico que emplea. En español neto quiere decir: por ahora te recluyo como medida prudencial; si te sometes y no intentas resistirte, ni ver al Marqués, ni pedir auxilio, tu reclusión será temporal; de otra manera será definitiva. El Marqués no se correrá mucho contigo caso de que te sometas incondicionalmente; tu pobreza es ya irremediable y debes fiar en mí para mejorarte. Interinamente te pagaré la misa.

Cédula de admisión de Jacinto Verdaguer en el Asilo Manicomio de Vich

El infrascrito Administrador de la Casa Asilo de señores Sacerdotes de este Obispado, confieso haber recibido del

Rvdo. D. Jacinto Verdagner Santaló, Pbro., por mandato del Excmo. Sr. Obispo, la cantidad de DOSCIENTAS VEINTE Y CUATRO PESETAS, CINCUENTA CÉNTIMOS por los conceptos á continuación expresados:

| | | |
|---|--------|-------|
| Cuota de entrada de socio de 1. ^a clase. | 24 | Ptas. |
| Id. de perpetuación de id. id. | 200 | » |
| Ejemplar de estatutos. | 0'50 | » |
| <hr/> | | |
| Son. | 224'50 | Ptas. |

Vich 6 Marzo de 1894

JOSÉ CLARÁ, PBR. ADMOR.

Hay el sello de la Casa Asilo.

El cariñoso enfermero que asistió á Verdagner y llevó la carta al alcalde de Barcelona impetrando su auxilio para testar libremente, publicó en *La Publicidad* la siguiente carta que reproducimos de este periódico á guisa de documento valioso. Adviértase que el joven de referencia es un soldado y hay que pasar por alto en su escrito la redacción y la ortografía fijándose sólo en el contenido.

Carta abierta

Señor Director de *La Publicidad*.

Muy Sr. mío: Le agradeceré la inserción de las siguientes líneas si las considera de interés para ser publicado.

Habiendo asistido á Mosén Cinto Verdagner hasta su último momento y velado su cadáver debo protestar por considerarlo ofensivo de la acerción del Dr. Falp, quien asegura gratuitamente que se abandonó así como de que en la calle Aragón ocupase el cuarto peor de la casa.

Si alguien abandonó al Santo poeta no fueron ciertamente ni la familia Durán ni el humilde enfermero que suscribe.

¿Quiénes fueren los que así lo hicieron?

Fueron los que mas les pertenecía estar por ser de familia como son su hermana é hijo y demás parientes que ni en su agonía ni en su muerte se hallaban á su lado por tener otras ocupaciones quizá de mas importancia para ellos, lo que sirvieron fué para proporcionarle un grave disgusto cuando su hermana le dijo: (CINTO D' LO QUES FET AQUESTA NIT YA 'N DARÁS COMPTA Á DEU) refiriéndose al testamento que pocas horas antes había hecho de su propia voluntad para lo cual yo escribí una carta que él me dictó para llevarla al Señor Amat cosa que tanto deseaba, estábamos los dos solos y nadie sabía nada de esto cuando después de concluir la me dijo: (JOSÉPT QUINA HORA ES) y yo le dige las siete y me contestó: (BES DEPRESSA Y PORTA AQUESTA CARTA 'L SEÑÓ AMAT Y QUE BINGUI AQUESTA NIT MATEIXA) y me marchó y no sin muchas fatigas para pasar desapercibido de cuantos juzgaba yo como sus carceleros se la llevé al Señor Amat y enseguida dicho Señor avisó á los demás que dicha carta nombraba y con aquella noche tan terrible y tempestuosa emprendieron la marcha á la Villa Juana que hizo una obra de caridad dicho Señor Amat.

Después de las terribles palabras ya dichas por su hermana entró en agonía y á las once horas y media era ya cadáver el Santo poeta.

También debo hacer constar que como á la familia Durán se me quiso echar de la Villa por el Señor Miralles.

La razón que en ello tendrían no la se bien que la sospecho; mas no sería por portarme mal pues todo el mundo sabe que el enfermo, además de honrarme con su confianza no quería para asistirle más que á mí ó la Señora Amparo. Dios sabe que hice cuanto honradamente pude para servirle y se lo merecía porque movía á lástima aquel pobre enfermo desvalido tan resignado y tan Santo.

Mis móviles Sr. Director al escribir esta carta no es más que por protestar de las calumnias; (D' QUEST CARA GIBATS)

ponen á la familia Durán y que por lo tanto tambien se dirigen ami.

Doy fin á la carta dándole las gracias el emfermero criado del crucificado Mosen Cinto Verdaguer y B. S. M.

JOSÉ TARRADAS Y ROS

En 12 Diciembre 1902.

EN DEFENSA PROPIA ⁽¹⁾

COMUNICADO

Señor Director de *El Noticiero Universal*:

J. M. J.

Allá por el mes de mayo del año 1893, después de los Juegos Florales, alejéme traidoramente de Barcelona, con con la tácita nota de loco, so pretexto de que pasara dos meses en el campo para restablecer mi salud, que, á Dios gracias, no lo necesitaba. Aunque no contento, fuíme resignado. Los dos meses se han convertido en dos años, durante los que permanecí pacientemente, lejos de bibliotecas en que poder consultar, apartado de mis editores, de mis libros y hasta de mis propios manuscritos.

En uso de mi derecho y libertad, he venido á Barcelona para arreglar mis asuntos y poner término á mi desesperada situación, y en dos ocasiones he visto fuerza pública en mi propia morada para prenderme como á un delincuente. Gracias á la Virgen María, que no me abandona en mis tribulaciones, no se me ha visto por estas calles entre agentes de la autoridad. Por si hubiera de suceder, mañana ú otro día, contra la voluntad expresa del señor Gobernador, á quien estoy muy agradecido, ahora, mientras es tiempo, pido justicia y protesto ante la ley, ante la gente honrada de Barcelona que me conoce, ante cielo y tierra, y ante el mismo Dios que ha de juzgarnos á todos, de la iniquidad de que es víctima, ignoro con qué fin, este pobre sacerdote.—
Jacinto Verdaguer, Pbro.

(1) Artículos publicados por Verdaguer en 1895, coleccionados y traducidos al español por D. Juan Moles.